

DESDE 6 AÑOS

El moco de Clara

Andrea Maturana

Ilustraciones de Joanna Mora

¿Mi moco? ¿Cómo llegó hasta acá?
Clara pensó tan fuerte que creyó
que todos iban a escucharla.

Esta es la historia del moco de Clara y el
viaje que emprendió para cumplir su misión.
También es un recorrido por las pequeñas
y grandes cosas de la vida, y por los distintos
caminos que podemos tomar para entenderlas,
sufrirlas o morirnos de la risa.

ALFAGUARA
INFANTIL



ALFAGUARA INFANTIL

El moco de Clara

Andrea Maturana

Ilustraciones de Joanna Mora

ALFAGUARA

Andrea Maturana

El moco de Clara

ALFAGUARA

© 2010, del texto: **Andrea Maturana**
© 2010, de las ilustraciones: **Joanna Mora**

© De esta edición:
2010, Aguilar Chilena de Ediciones S.A.
Dr. Aníbal Ariztía 1444, Providencia
Santiago de Chile

ISBN: 978-956-239-751-3
Inscripción N° 171.835
Impreso en Chile/Printed in Chile
Primera edición: mayo 2010

Diseño de colección:
Manuel Estrada

Una editorial del **Grupo Santillana** con sedes en:
España • Argentina • Bolivia • Brasil • Chile • Colombia •
Costa Rica • Ecuador • El Salvador • EE.UU • Guatemala •
Honduras • México • Panamá • Paraguay • Perú • Portugal •
Puerto Rico • República Dominicana • Uruguay • Venezuela

Todos los derechos reservados.
Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni
en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de
recuperación de información, en ninguna forma ni por
ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico,
magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro,
sin el permiso previo por escrito de la Editorial.

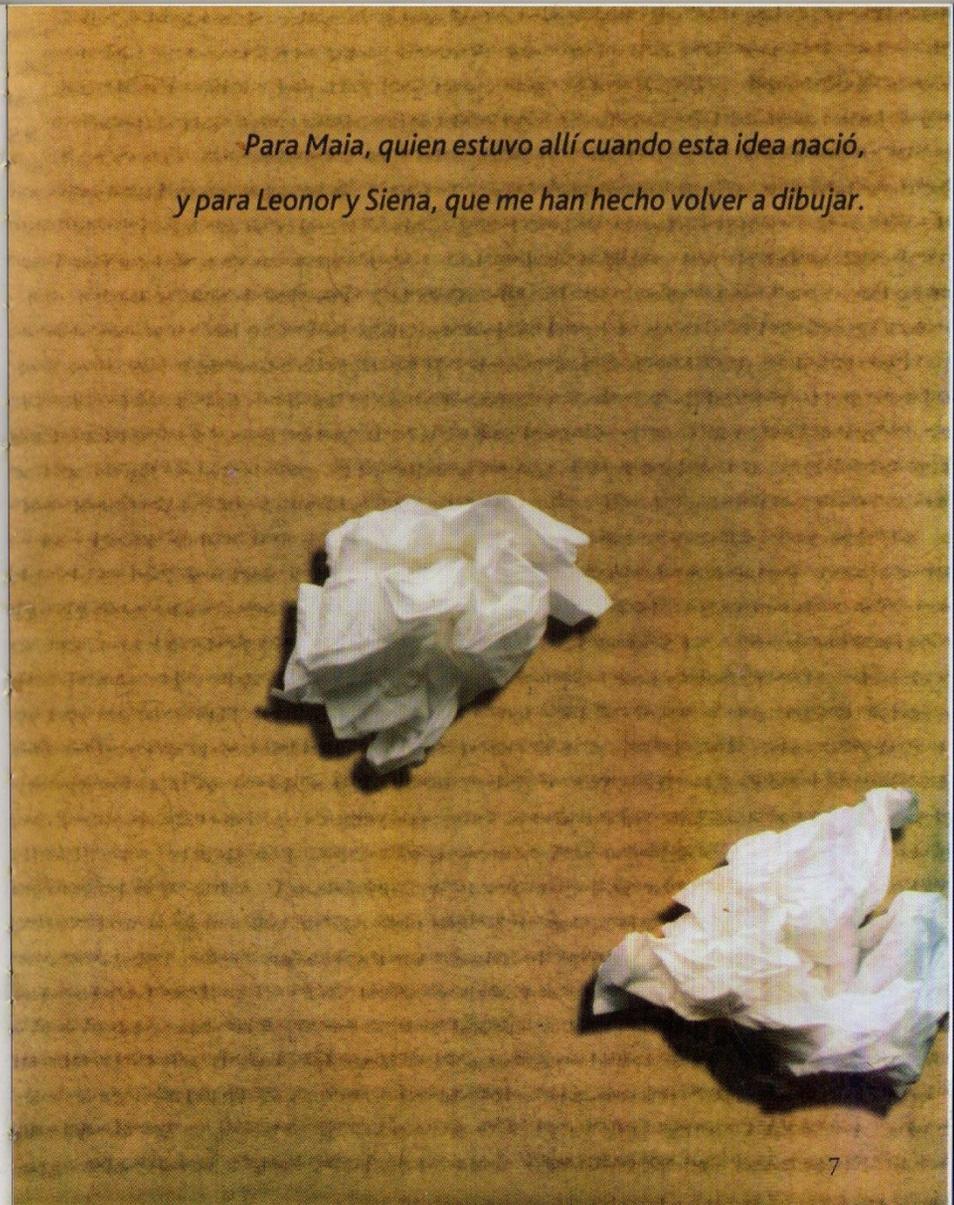
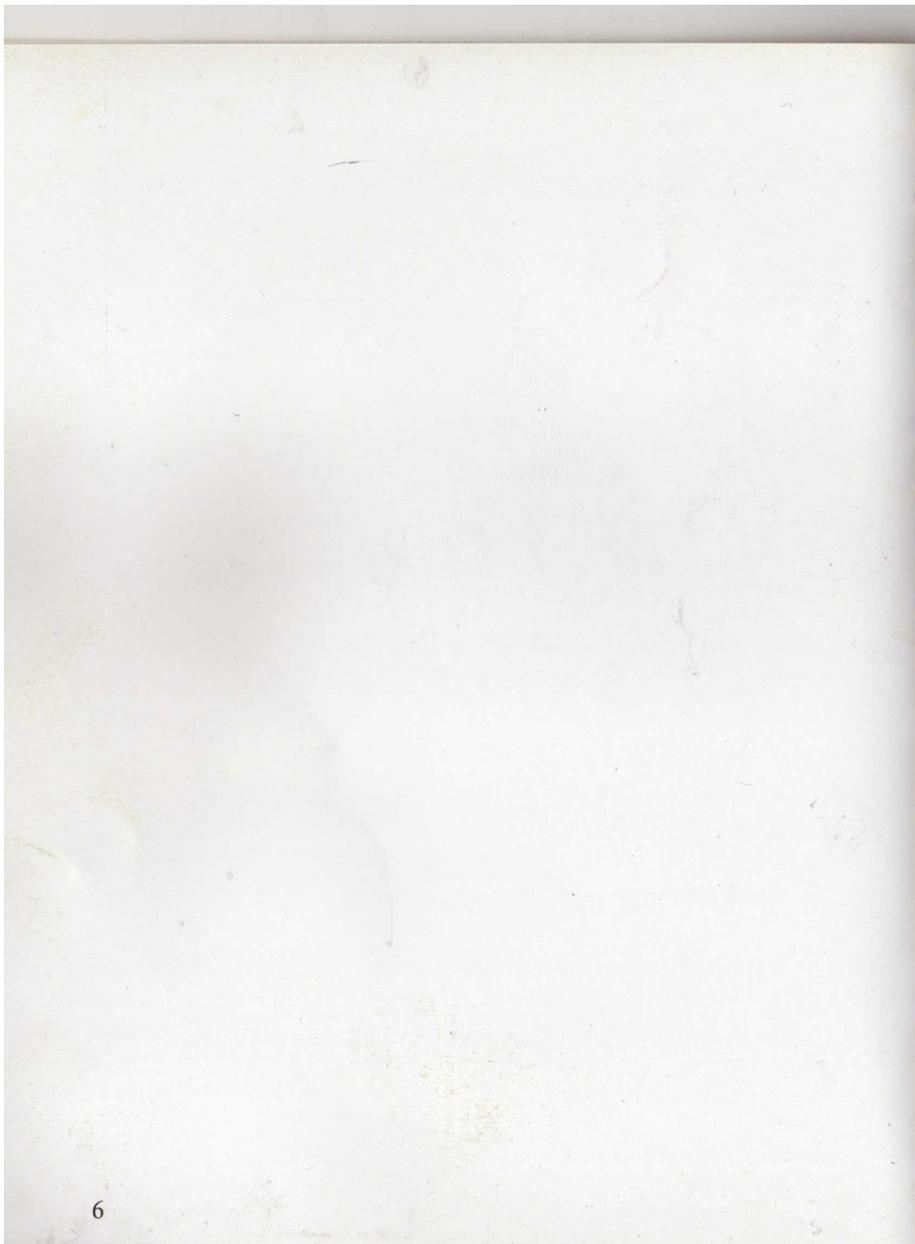
EL MOCO DE CLARA

Andrea Maturana

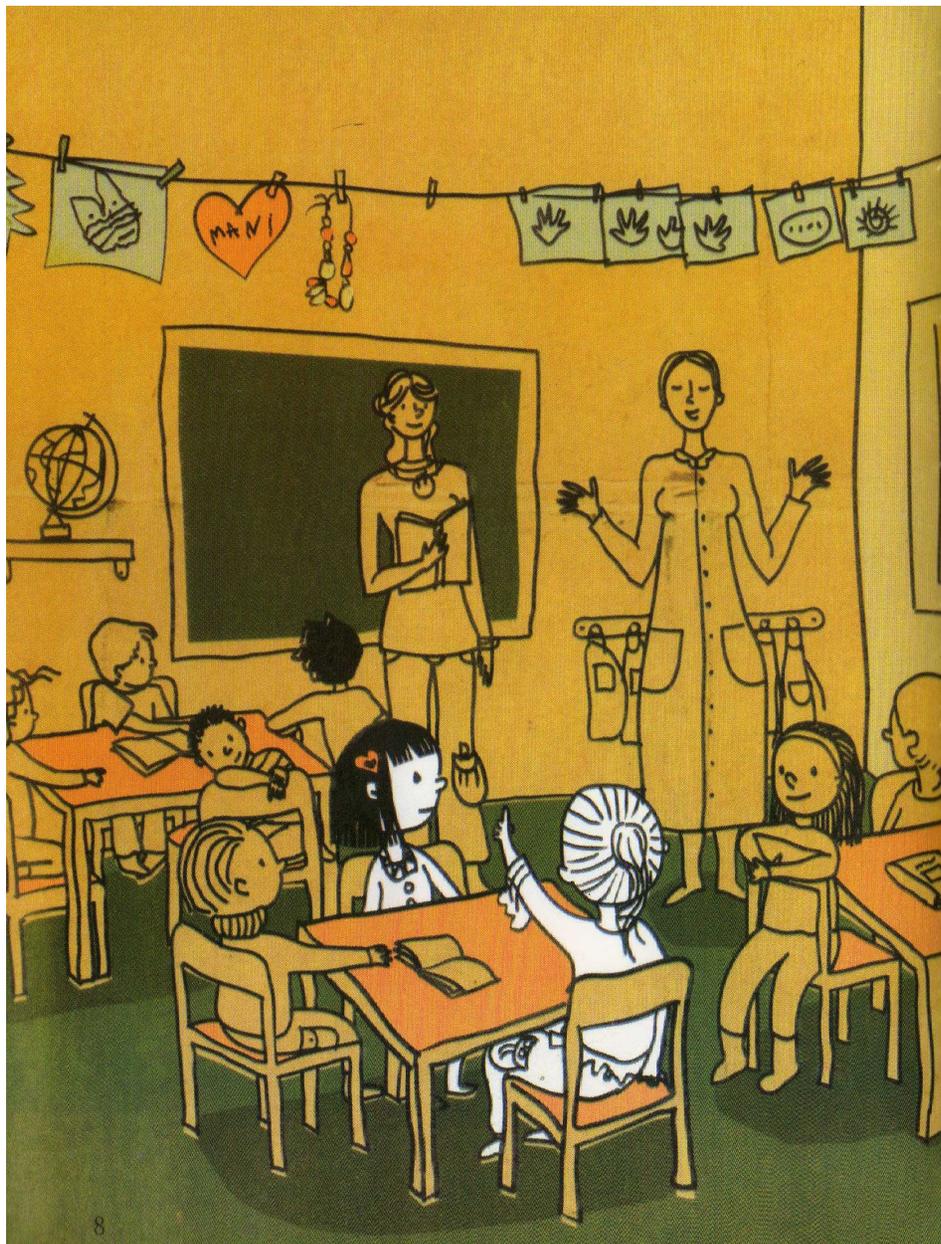
Ilustraciones de Joanna Mora

ALFAGUARA

INFANTIL



*Para Maia, quien estuvo allí cuando esta idea nació,
y para Leonor y Siena, que me han hecho volver a dibujar.*



Era un día especial en la clase de Clara, porque la mamá de una compañera, que era escritora, había ido a hablarles de su profesión y a mostrarles libros para niños.

Clara puso mucha atención y le gustó en especial un libro que hablaba de un hipopótamo perdido.

Al terminar, la profesora dijo:

—¿Alguien quiere hacer una pregunta o decir algo?

Entonces la niña más pequeña de la clase, Catalina, levantó elegantemente su dedito y esperó a que le dieran la palabra.

—¿Sí, Catalina? —dijo la profesora.

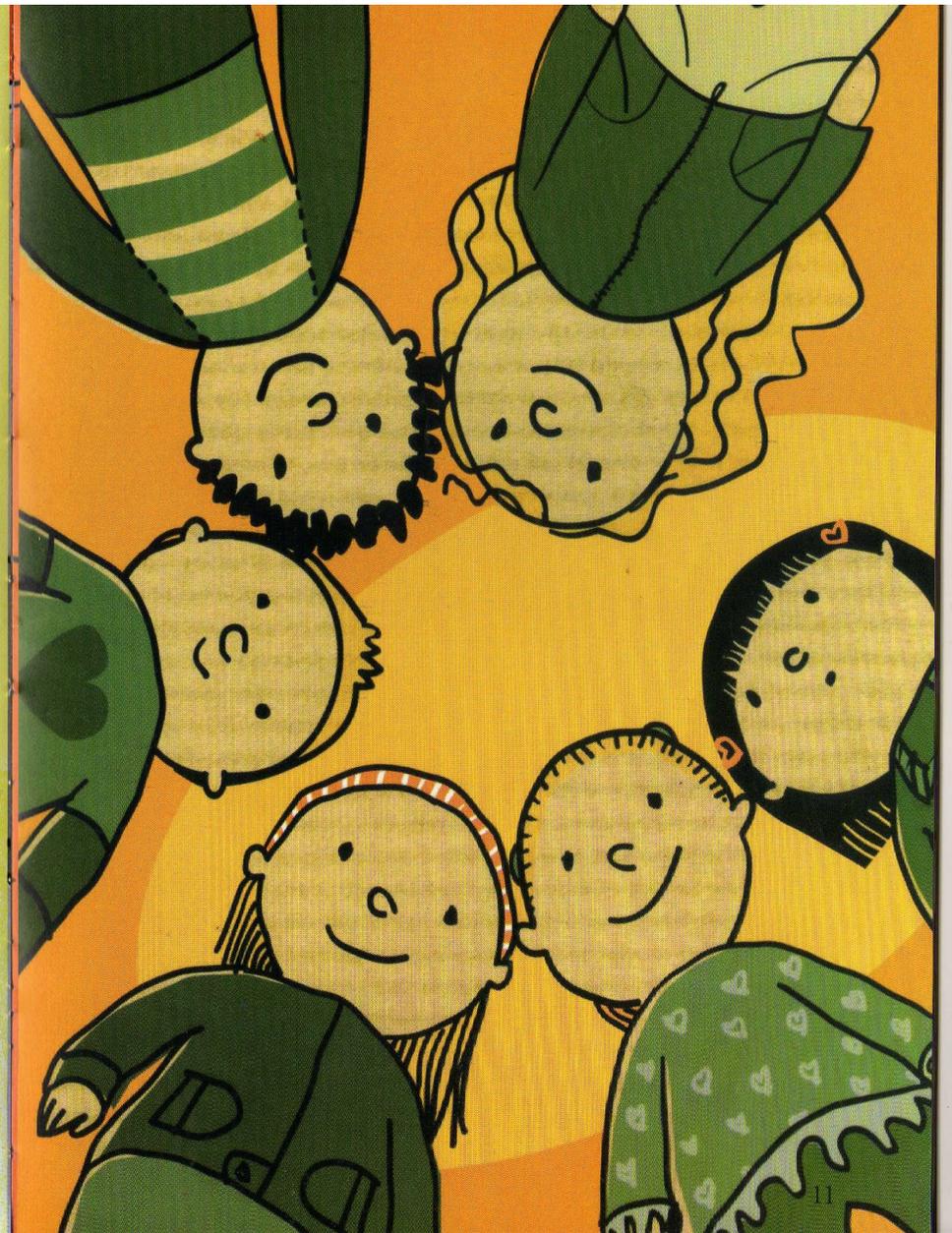
Y Catalina, muy seria, dijo:

—¡Es que hay un moco en el suelo!

Y con el dedito que había levantado, apuntó donde se erguía, verde y grandote, un gigantesco y escandaloso moco.

Todos rieron de buena gana y entre el desorden que se armó, nadie se dio cuenta de la cara de sorpresa de Clara. En ese momento Clara tuvo un pensamiento, pero pensó tan fuerte que creyó que todos iban a escucharla:

¿MI MOCO? ¿CÓMO LLEGÓ HASTA ACÁ?



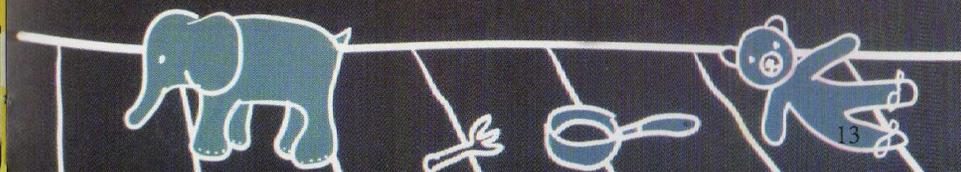


Esta es la historia del moco de Clara.

Resulta que la vida de Clara no era fácil en esos días. Sus padres solían discutir mucho. Creían que Clara no lo sabía, pero ella era muy inteligente y reconocía los tonos de sus voces y sus caras tristes.

La noche anterior habían tenido una discusión más grande que de costumbre y Clara estaba en su pieza tratando de no oír, pero igual oía.

La tristeza se agrandó más y más en su garganta hasta que empezó a llorar, despacito para no molestar a nadie. Lloró hasta que se cansó, fue al baño, y mirando sus ojos algo hinchados en el espejo, descuidadamente se metió un dedo en la nariz.



Entonces, totalmente desconcertada, vio, pegado a su dedo, el moco más grande que nunca hubiera visto. Lo miró detenidamente y casi llegó a pensar que no era posible que algo tan grande hubiera estado en su nariz, que todos le decían que era tan pequeña y linda.

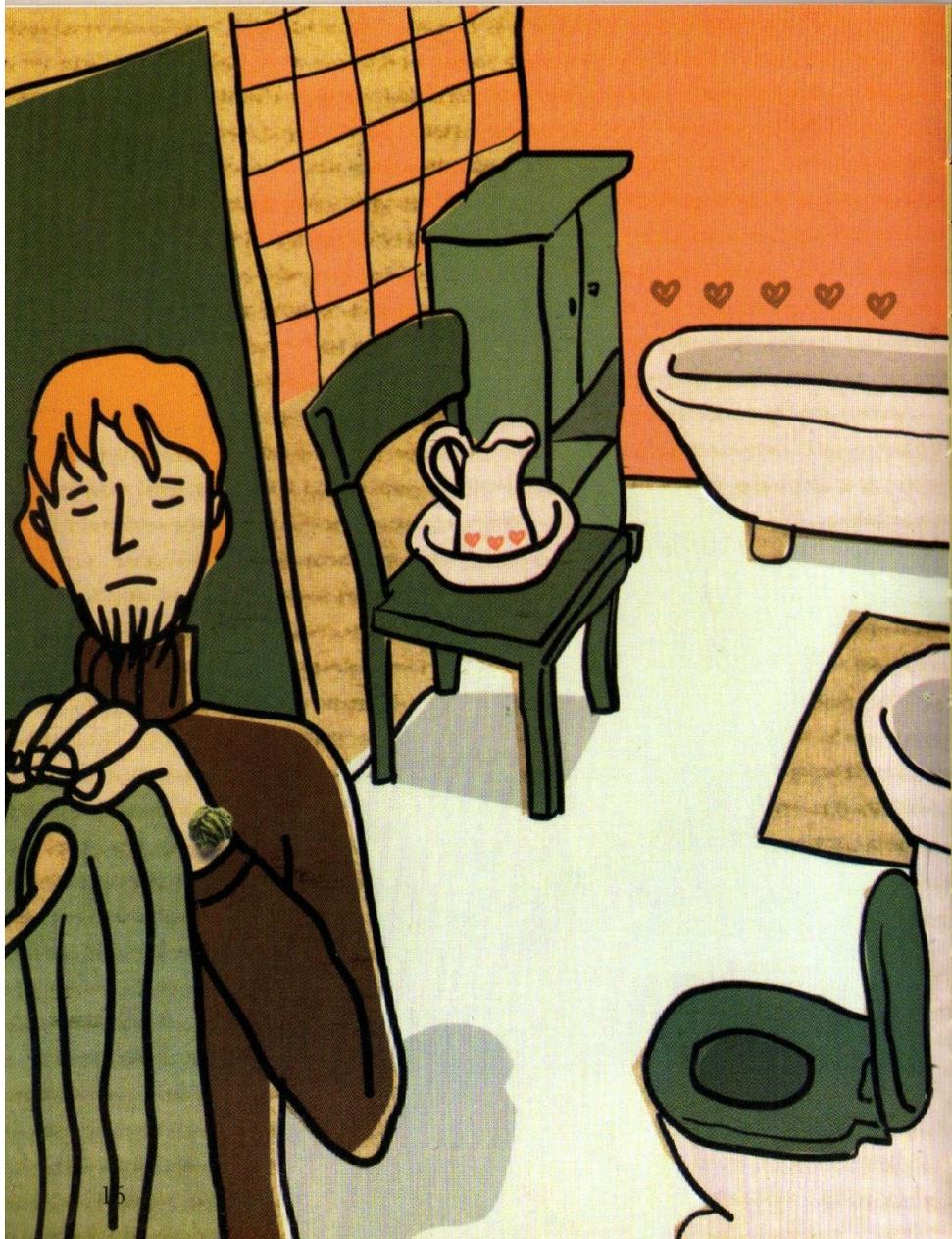
Si no fuera porque estaba triste, le habría dado risa.

Eso fue lo que al moco no le gustó.

El moco quería que Clara se riera. Pero como Clara no tenía ganas de reír, simplemente se lo limpió con la toalla y salió.

Y ahí se quedó el moco, frustrado y pensando qué hacer.





La mamá de Clara la llamó pronto a comer.

Otra vez parecía triste, y Clara intentaba no mirarla mucho.

No tenía mucha hambre, pero no quería hacerla enojar. Oyó a su papá en el baño y luego lo sintió salir.

—¿Adónde va? —le preguntó a su mamá.

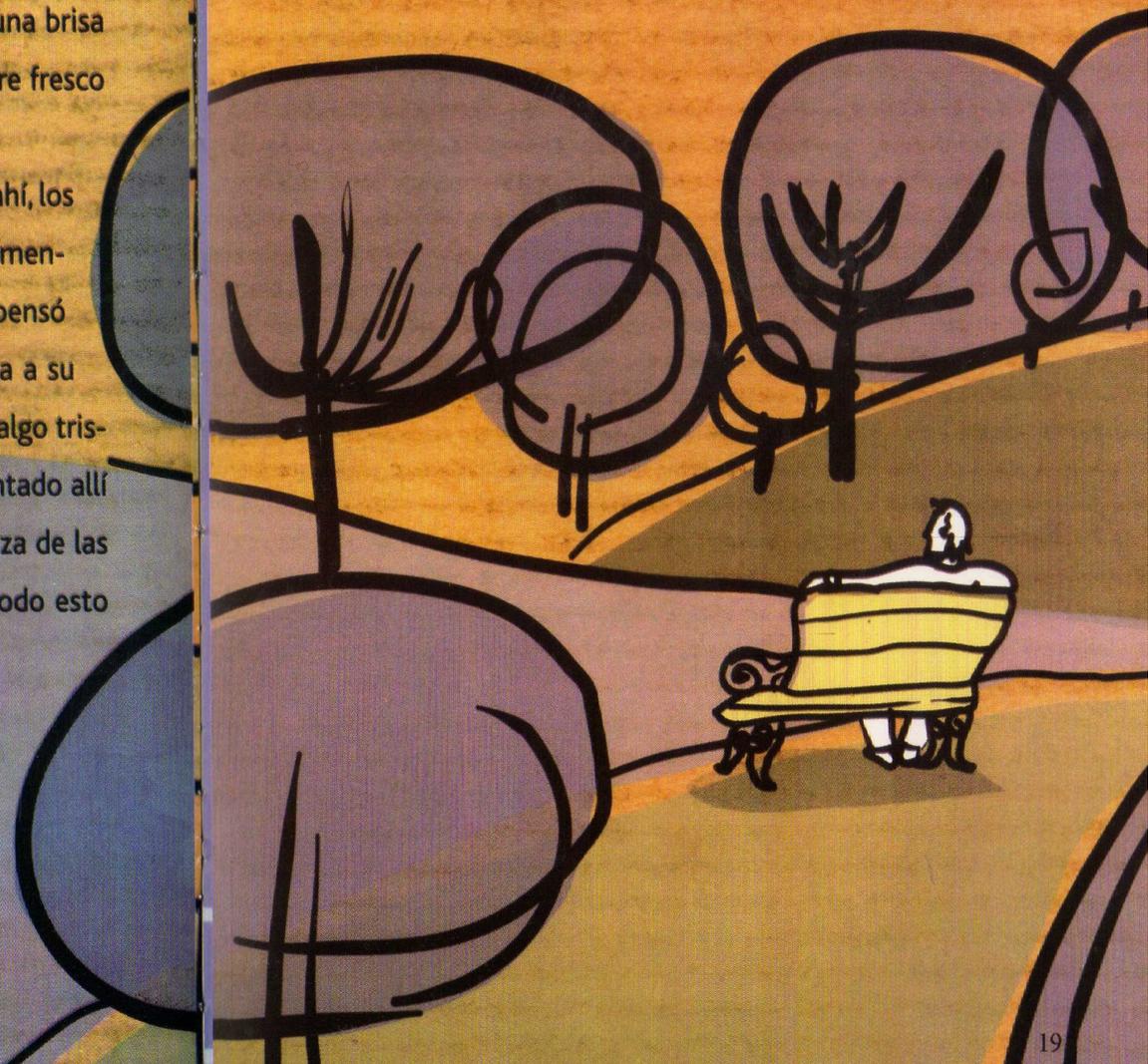
—A caminar un rato —contestó ella.

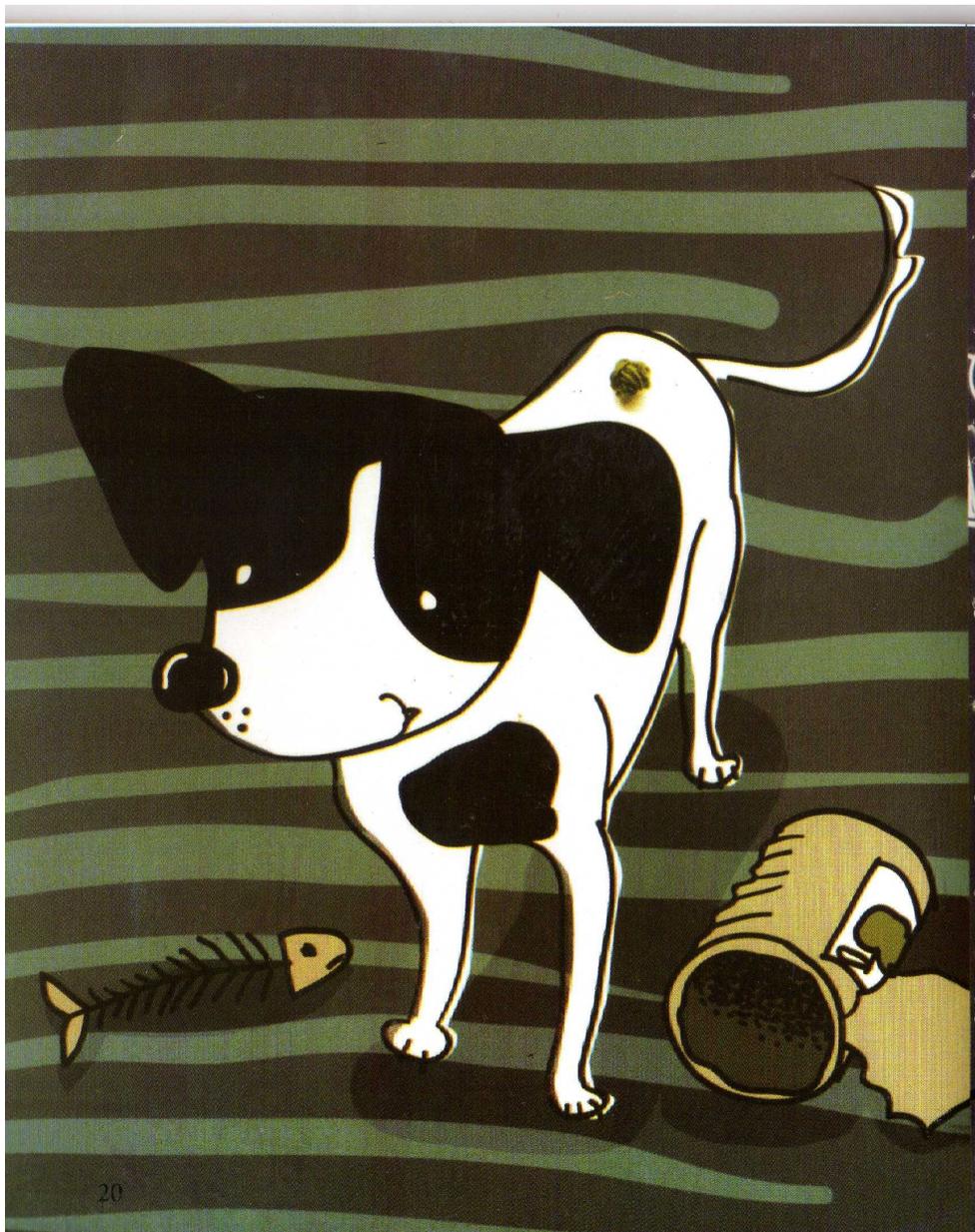
Pero ninguna de las dos sabía que, después de lavarse las manos, el papá de Clara se las había secado con la toalla y el moco había logrado agarrarse a la parte de atrás de su mano izquierda.

Así, el moco inició su viaje.

El papá de Clara caminó y luego se sentó en un banco de la plaza. Tenía muchas cosas en que pensar. Se levantó una brisa de primavera y algo mágico sucedió. Fue como si el aire fresco lo despertara de un largo sueño.

De pronto, todas las cosas que siempre habían estado ahí, los árboles, las flores, el cielo al atardecer, le parecieron tremendamente hermosas. Pensó en Clara y en su mujer, y pensó que era feliz. Que en verdad nada andaba mal. Quería a su familia y él mismo podía hacer de su vida algo feliz o algo triste en cada momento, como ahora: primero estaba sentado allí todo triste y luego la brisa lo había hecho ver la belleza de las cosas y sentirse afortunado. Sonrió y pensó decirle todo esto luego a la mamá de Clara.





En ese momento, un perro pasó por su lado, rozó su mano y el moco le saltó sobre la espalda (bueno, en realidad sólo se le pegó, pero lo hizo con la fuerza del pensamiento).

¡Ay! ¡Es difícil ser un moco y no tener movimiento propio!

El perro caminó buscando a alguien que le diera comida. Al moco le gustaba viajar sobre el perro y ver todos los paisajes, cosas que nunca había visto antes.

El perro escarbó en algunos basureros, encontró restos de cosas que no reconoció, comió algunas, dejó todo tirado por el piso y de repente se sintió cansado. Miró a su alrededor y buscó un lugar tranquilo donde dormir.

Ahí se quedó, enroscado como todos los perros, soñando con salchichas.

El moco aún permanecía pegado a su espalda y decidió que sería bueno descansar también así que, moquísticamente, se relajó.

La profesora de Clara llegaba muy temprano al jardín. Le gustaba tener todo preparado y tomarse un té antes de empezar con las clases, así que fue la primera que vio al perro. Estaba allí obstaculizando la entrada, pero lo encontró tierno. Pasó por su lado y entró. Sin embargo, la señora que limpiaba no tenía tan buen genio y al llegar pensó que lo primero que tenía que hacer era sacar al perro de allí. Se asomó con la escoba y lo empujó hasta que logró que despertara y se fuera. Entonces, el moco aprovechó esa oportunidad y se agarró a la escoba como pudo. Solo se soltó cuando ya no daba más. Justo en eso momento la señora barría la sala de Clara. Los mocos también tienen sus días de buena suerte.





Y así llegó el moco al piso de la sala de Clara, no sin esfuerzo, y esperó a un momento crucial del día para hacerse notar.

A Clara le costó entender que su moco hubiera llegado hasta allí, pero cuando vio que todos reían a carcajadas (incluida la señora escritora) comenzó también a reír.

Rió y olvidó que tenía pena.

Olvidó la discusión de sus padres la noche anterior, y cómo se le recogía el pecho cuando los oía pelear.

No sabía que luego los encontraría más felices y que comenzarían a pelear mucho menos, pero reía como si lo hubiera sabido. Rió y ríó y rió, y el moco fue feliz hasta que la profesora lo agarró con un papel y lo tiró a la basura. Pero al moco no le importó ya.

Lo otro que Clara no sabía en ese momento es que, de todas las personas que rieron con ella:

- La profesora estaba preocupada porque necesitaba un aumento de sueldo.
- Catalina estaba dejando el chupete y dormía mal y tenía angustia.
- La señora de los cuentos estaba agarrándose un resfriado y no se sentía muy bien.
- Uno de sus compañeros estaba tratando de lidiar con la reciente separación de sus papás.
- Otra de sus compañeras tenía a su abuelita muy enferma.

Y que todos rieron.

Porque es posible, a veces, reír por las cosas pequeñas de la vida, así como es posible despertar con el roce de una fresca brisa, y darnos cuenta de que somos nosotros quienes construimos nuestra felicidad, o nuestra infelicidad.

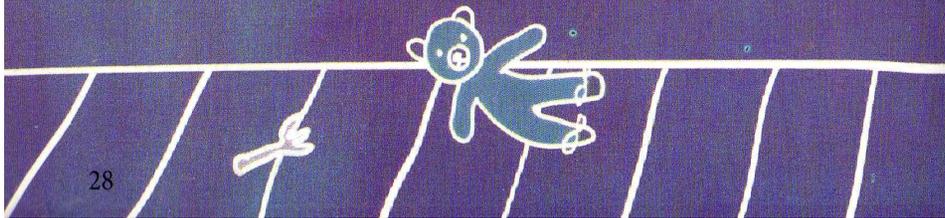
Eso hasta un moco lo sabe.



ANDREA MATURANA

Vive con su familia en el campo. Traduce, cultiva la tierra, hace meditación y a veces escribe. Es autora de los libros *Siri* y *Mateo y Eva y su Tan*.

Durante toda su infancia jugó escribiendo y dibujando libros junto a Joanna. Ahora decidieron volver a jugar y hacer este libro, que es el primero que publican juntas.

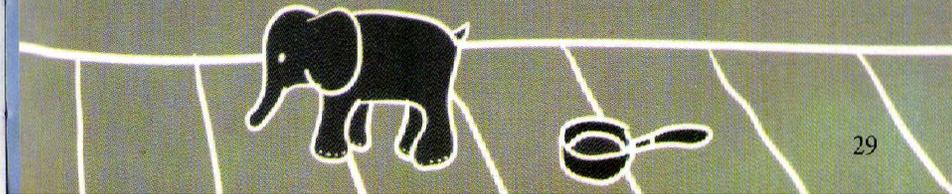


28

JOANNA MORA

Es amiga de Andrea Maturana desde que tiene memoria, y juntas crecieron escribiendo historias y dibujándolas. De grandes, para no pelear, Andrea escribe y Joanna dibuja. Este es su primer libro publicado.

Y como todavía se lo pasan muy bien juntas, se fueron a vivir a la misma pequeña ciudad de campo y piensan construirse una casa al lado de la otra.



29

Este libro se terminó de imprimir en el
mes de mayo de 2010, en los talleres
de Salesianos Impresores S.A., ubicados
en Av. General Gana 1486.